

EL GORDO

En su escritorio tenía una computadora nada más, no había libros, no había periódicos, no había hojas, ni siquiera algunos lápices. Una computadora nada más, eso estaba en el escritorio, medio amarilla por el tiempo, de monitor y CPU grande, incluso tenía un pequeño botón para hacer que la computadora pasara de una velocidad normal a una velocidad superior, como si fuera un carro pasando a turbo. El escritorio, antiguo, falto de barniz y con una sola gaveta en el lado superior derecho, quedaba exactamente a diez pasos de su cama. El Gordo había contado los pasos el día en que decidía si era menos cansado acercarse a encender la televisión o ir hacia el escritorio y encender la computadora. Se decidió por encender la computadora.

Ese día vagó por el Internet no más de una hora. Visitó su página de Facebook, *Plaza Pública*, luego regresó a su página de Facebook, volvió a *Plaza Pública* y, al revisar un poco en la página principal de ésta, encontró lo que creyó era un reportaje sobre Eduardo Halfon. No lo leyó. Ni se molestó en enterarse que no era un

reportaje. Copió la url e inmediatamente volvió a su página de Facebook. Posteó el reportaje sobre Eduardo Halfon, dejó la computadora por un segundo y agarró su celular. Marcó un número.

—¡Aló, loco!... ¡Contestá el celular vos, gil!
—le dijo al buzón de mensajes, usando el acento medio argentino que lo caracterizaba.

Volvió a marcar, creyendo que la primera llamada simplemente no había encontrado señal.

—¡Carajo, Diego! Acabo de leer un artículo sobre Halfon, de plano a vos te va a gustar. ¡Contestá esa tu mierda, cerote! —gritó al teléfono.

Estaba riendo, nervioso, intranquilo, como si necesitara la aprobación de alguien para sentirse querido, mimado, culto tal vez. Volvió a su página de Facebook. Tenía un *like* en su nuevo *post*, era de *Abner hasta la victoria siempre*. Volvió al reportaje sobre Eduardo Halfon en *Plaza Pública* y fue directamente a los comentarios. Se encontró con uno interesante, era de un indígena, pensó, por el apellido. Le pareció acertado que insinuara que Halfon es uno más de los *escritorcetes guatemaltecos* que se creen muy intelectuales dentro de todo este montón de gente ignorante que habita Guatemala. Le pareció bien que el comentario hiciera ver a Halfon como uno de tantos lameculos que hay dentro de este círculo *intelectual* de escritores. Aun así, se sonrió al imaginarse él, Rigoberto Caal, entre este grupo de *agrandados predicadores*. Se sonrió al pensar que algún día podría ser famoso, y que cuando esto sucediera sería acerca de él que todos comentarían en los diarios nacionales. Se sintió feliz de pensar que algún día podría también ser un lameculos. “¡Qué gran escritor es

Halfon!", escribió justo debajo del único *like* que encontró al regresar a su página de Facebook.

Ya era tarde. Decidió cerrar la computadora y volver a su cama. Se acostó, jaló la sábana y se tapó los pies nada más. Se colocó boca arriba. Ahí, acostado, tratando de meter su mano bajo sus calzoncillos, buscándose el pene, acariciándose la entrepierna, notó algo que nunca antes había notado, para regresar a su cama eran otros diez pasos. Un total de veinte pasos para ir y venir. Cerró los ojos, se acarició, imaginó a Noelia, se acarició, desnudó a Noelia, se acarició... se acarició... se acarició. Noelia se esfumó y el Gordo cayó en un profundo sueño.

Se aseguró de tener los calcetines bien puestos. Eran blancos los calcetines, eran altos, le llegarían casi a la rodilla. Casi hasta la rodilla lograban cubrir. El elástico que iba en la boca de los calcetines todavía estaba bien, aunque necesitaba asegurarse de tener los calcetines totalmente estirados, casi a la rodilla. Porque si estaba cerca de la rodilla estaría bien cubierto. Cerca de la rodilla era lejos de los pies. Bien estirados cerca de la rodilla estaban bien. Estirados y cerca de la rodilla, si era posible arriba de la rodilla, le cubrirían bien. No quería que nadie lo viera, no quería ser el centro de atención. Él, lo único que quería, era tener los calcetines bien estirados y llegándole a las rodillas.

El sol comenzó a pegarle en la cara, le pegó y le pegó. Le pegó otra vez. No lo dejaba en paz. Le volvió a pegar. Tomó el pequeño espejo que traía dentro de su maletín de playa y, sosteniéndolo con una mano, se vio en él, corroborando que el sol ya le había pegado lo suficiente. Le volvió a pegar, el sol, sí, el sol. Le cerró los ojos.

El sol era muy fuerte y le cerró los ojos, o le pegó primero, o le pegó y luego le cerró los ojos. Se dejó caer en la arena, olvidándose del maletín y el espejo. Y el sol volvió a pegarle. Tirado ahí, boca abajo, panza abajo, buche abajo, levantó un poco la cabeza. Lo suficiente para ver a sus compañeros, esperándolo, llamándolo, maltratándolo, burlándose, mostrándole el dedo medio haciendo movimientos circulares y luego empujando hacia arriba.

Con sus calcetines bien puestos, estirados hasta la rodilla, se levantó y comenzó a caminar. La arena no le quemaba las plantas de los pies, o por lo menos no tanto. Lo único que podía ver eran sus calcetines bien puestos, bien ajustados, bien estirados. Levantaba la cabeza. Lo estaban esperando. Agachaba la cabeza. Tenía los calcetines bien puestos. Levantaba la cabeza. No sentía la brisa del mar, solo el calor. Agachaba la cabeza, miraba sus calcetines blancos, ahora llenos de arena. Se acercó. ¡Gordo, apurate!, le gritaron. ¡Apurate, que está rica el agua! ¡Gordo!, decían con urgencia. Levantó la cabeza. Ya todos estaban metidos en el mar y él, comenzaba a sentir el agua debajo de sus calcetines, entrando, tocando sus pies, quitándole la arena.

Se despertó a las 4 de la mañana. Estaba sudando. Sintió cómo tenía pegada la camiseta a su espalda. Se dio la vuelta y tocó la almohada. Empapada. Se tocó el pelo, la frente, los cachetes, el cuello. Todo empapado. Sintió su olor. No se había bañado el día anterior. Se dio cuenta de que se había quedado dormido con los pantalones y los calzoncillos abajo, a la altura de la rodilla y, ahora, despierto, podía sentir cómo corrían las gotas de sudor por su entrepierna.

Cómo las gotas de sudor le resbalaban al mismo tiempo por el pene. Un pene muerto, sudoroso, casi negro. Se subió el calzoncillo y así pudo apretarse la entrepierna y el pene y secarse. Instantáneamente, casi como un reflejo, se llevó la mano con la que se había tocado el miembro a la nariz y sintió su olor, ácido. Se dio cuenta, también, de que lo único que se había tapado antes de quedarse dormido, los pies, ahora estaban al descubierto. No había nadie más ahora. Nadie había salido de sus sueños para instalarse en la habitación del Gordo. Eran morenos, sus pies. Casi negros, como su pene, era un moreno muy particular, un moreno indígena, fuerte, un poco manchado. Tenían uno o dos pelos en el dorso y uno más, infaltable, no importando cuántas veces se lo arrancara, en el talón del pie derecho. Recordó que nunca se sintió cómodo usando la frase “me levanté con el pie derecho”, más bien con el pelo en el pie derecho, pensaba.

No pudo conciliar más el sueño. Desde las 4 de la mañana estuvo en su cama. Atento a cualquier crujido. Atento a cualquier ruido, con los ojos bien abiertos, como un búho, pero inquieto y tembloroso, sin dejar de sudar. El calor en su cuarto ya no era tanto, aunque no se atrevía a abrir la ventana. No quería intrusos en su cuarto, ni los ojos de la noche, ni los del Petere-te, ni mucho menos los ojos de Dios, pensó al mismo tiempo que escondía sus ganas sentirse de otra vez.

Su cuarto daba hacia la avenida principal del barrio donde vivía. Un barrio humilde, feo, peligroso hasta antes de que se hubiera puesto la garita de entrada, y muy peligroso después de que fue puesta. Un barrio de gente que come